



J O R G E C A M P O S
E D U A R D O V I C E N T E

BIG
860-3
CAM
pas



PASARSE DE BUENO

La poesía es para el
historiador la imagen
de lo que en cada mo-
mento hay de eterno en
los pueblos, visto en to-
dos sus aspectos; ima-
gen que es, no pocas
veces, lo único que se
conserva y transmite; lo
mejor que llega hasta
nosotros.

Alfonso Reyes

Toda verdad exaspe-
ra a los mantenedores
del error.

Ramón y Cajal

Escribe sin complica-
ciones, con la difícil sen-
sillez de los que saben
decir lo que quieren de-
cir.

Blasco Ibáñez.



BIBLIOTECA GENERAL
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento 423176
N.º Copia 423189

PASARSE DE BUENO

3.000 501 2000000

MAHOLO
MILLARES
1950



· AL abrir la puerta—la puerta de su propia casa—salió a recibirle un aliento extraño, como si se hubiera equivocado de piso. Pero esta sensación apenas si perduró un segundo. Instantáneamente su razón se daba cuenta del porqué de aquella semitiniebla, las telas blanqueando sobre los muebles y un vago olor a lugar desocupado y sin vida: Gloria no estaba.

Encendió la luz, cerró la puerta y quedó sentado en una de las butacas cubiertas con dril. Acababa de disiparse su esperanza: una carta que pudieran haber echado por debajo de la puerta. Pero ya no había duda de que ella no le había escrito, y tenía razón el portero al asegurarlo. Quizá a la tarde, en la oficina...

De aquel viaje inútil era responsable su enamoramiento. Siempre y cada día más enamorado, ¿para qué subir si le habían dicho que no había llegado nada para él? ¿Es que se podía equivocar el portero? Pero en el amor siempre queda un ascuita de esperanza, aunque el tiempo pasado en la espera de aquel día la iba desvaneciendo.

Apenas llevaba unos días solo y por minutos se encontraba más desvinculado de su ambiente diario. Inmóvil, sentado de lado, incómodo y sin sentirlo, el vacío que le dominaba le conducía al pensamiento y el recuerdo:

—«Gloria: Dejarme solo estos días... Sabiendo como

siento yo las fiestas hogareñas. Y precisamente en esta fecha. Claro que en la última me hablaba de estar hoy aquí. Y si ha salido esta mañana llega antes de las cinco. Pero es incapaz de no escribir antes. También podría no haber tenido tiempo. Entonces enviará un telegrama a la oficina. Iré pronto. Mañana, por mucho que se retrase, habrá vuelto. Son ya dos semanas. Estará contando las horas como yo. Pero debía procurar que no estuviésemos separados en las fiestas. Aunque a ella no le gusta hablar de estas cosas se dá muy bien cuenta de todo, y comprende lo que para mí representa. Si no está aquí no es por culpa suya. Cuando ha creído oportuno salir de viaje es que no había otro remedio. O, mejor, porque era el momento preciso. Y si prolonga su estancia se debe a la fuerza de las circunstancias. Aunque yo me fastidie estos días, ella lo dejará todo bien arreglado. Y es importante para nosotros. ¡Qué previsora, qué meticulosa es Gloria! Sólo va a estar fuera unos días y ha hecho trajinar a la criada como si nos mudásemos de casa. Los muebles enfundados, la ropa de la cama recogida, todo guardado, y yo... a dormir a casa de esa vecina que no sabe hablarme más que de su hijo que estudia para perito. (Y al repetir la entonación de perito hubiese reído si no fuese porque el gesto de reír algo pensado en su interior lo utilizaba demasiado en la barata escenografía de que se rodeaba en su oficina—AVILA Y SANTOS.—«GESTIONES AGRICOLAS»—). La verdad es que está en todo y casi llega a pequeñas manías en su afán previsor. ¡Mira que obligarme a dejar el testamento y las pólizas de seguros bien dispuestas cada vez que tengo que viajar!... Por ejemplo, cuando los abonos. Buen negociete. Ochenta cayeron.—Así se refería en su argot negociero a las ochenta mil pesetas que le había valido su última hazaña, la venta de unos abonos sintéticos mezclados con greda y cal, a unos campesinos extremeños—. Y ahora, ya podía haberse cerrado el trato con los de la maquinaria. —Aprovechando el veraneo había encargado unos arados a una herrería rural que, bien barnizados, se le ofrecía oportu-

nidad de colocar. Pero por venir a buscar la carta no he concretado. No tengo ganas de nada.

Se levantó y salió a la escalera, dando dos vueltas de llave, no fuese a regresar Gloria y echarle en cara su costumbre de cerrar con un simple portazo. Descendió despacio y se encaminó a un restaurante económico. Caminaba con paso lento, balanceante, no sabiendo en que forma disponer de su tiempo ni su persona. Su mujer, Gloria, le había dejado por unos días para acudir al lado de una tía suya que se estaba muriendo. En ello apenas intervenía el cariño; pues desde la infancia no la veía, y podía pensarse que eran los olivares y unos huertos quienes la habían llamado. Pero, en todo caso, nada se dijo de ello y al reproche entrüstecido contestó con el fruncimiento de ceño que tan fácilmente se le producía y una respuesta tajante:—¡Cómo no voy a acudir al lado de tía Luisa...!

No podía estar sin ella ni apartarla de su pensamiento, y menos en fechas tan destacadas. Se encontraba desasistido y falto de apoyo en que reposar, lo sucedido en la dura lucha con los tantos por ciento y las agencias rivales. Hubiera invitado a comer a Nazario, pero le desagradaba originar confianzas en sus empleados. No ocurriese como con el cajero, que se creyó obligado a devolver el cumplido y Gloria criticó la comida y el mal gusto con que la esposa del empleado se vestía, la criada resultó paisana suya y les transmitió las impresiones, de donde vino a salir todo un embrollo que tuvo unos días preocupado al pobre Damián.

Ocupó su sitio en el Restaurante, tomó el cubierto más barato, estuvo otra vez a punto de sonreír, recordando a Gloria dejándole la cantidad medida para sus gastos, como si no manejase ganancias considerables en la oficina, y la imaginó en el pueblo, cercana a la difunta, entrando y saliendo, dando órdenes, y haciéndose cargo de todo en un rápido y exacto dominio de la situación.

Después se distrajo. Concluyó con brevedad y caminó hacia a la oficina. Las calles comenzaban a llenarse de gentes,

con el movimiento y la animación del veinticuatro de diciembre. Subió. Estaban ya el botones y uno de los empleados. Le saludaron obsequiosos sin poder reprimir una interrogación en sus semblantes. Entonces se le apareció un problema oculto hasta el momento: los aguinaldos. Esperaban algo, pero ¿qué? Una semana, un mes, ¿algún billete encubriendo en el gesto pródigo la sordidez constitucional? No había resuelto nada. Con Gloria a su lado, la noche antes, o en la misma sobremesa, hubiera surgido la solución limpia y feliz. pero así... Aún cabía el recurso de esperar a Gloria. Si llegase aquel día... Si hubiese carta...

NO la hubo. La tarde se le iba haciendo cada vez más pesada y desagradable. Los empleados que habían llegado ya—hasta Matildita, otras veces con la mirada perdida en la pared frontera mientras tecleaba insensible en la máquina—no parecían tener nada que hacer. Todo era moverse, cruzar la habitación, abrir armarios, consultar ficheros y liar cigarrillos. Damián—Damián Santos, de la firma Avila y Santos—se hubiera dejado caer hacia atrás en el sillón giratorio. Habría dejado vacío el cerebro y empezado a jugar con cualquier cosa: un llavero, un lápiz atado con una cuerdecita, o las hojas del calendario de mesa. Pero aquellos fantasmas sin dejar de lanzarle unas miradas blandas le conturbaban.

Un pandero prematuro resonó en la calle. De vez en cuando el desabrido graznar de un pavo. Se puso en pie, y dió indiferencia a su paso al cruzar la oficina:

—Hoy a las cinco y media nos vamos todos a casa. Yo tengo que hacer algo de absoluta precisión. Volveré antes. Pero si no, a las cinco y media, todos a casa. Claro que vendré. Por mí que no pierda brillo la fiestecita de cada uno. Estaré antes de las cinco y media.

Consternación. Duda. ¿Volvería? ¿Y los aguinaldos? Pero allí quedaban sobre la mesa los papeles desordenados en promesa de regreso cierto.

Ya en la calle, se dirigió al cercano despacho donde Avila, su socio, atendía sus personales asuntos. Era un hombre más viejo, de rostro curtido por el sol, ascendido a

su puesto desde la venta en ferias regionales y cuya felicidad estaba en abandonar la oficina para presentarse en cualquier poblacho a una necesidad imaginaria. Le recibió con una frase mecánica de saludo, mientras le veía dejarse caer en una silla. Como no decía nada, Avila habló por él. Le proponía comprar una cantera cerca de Burgos. Ahora no tenía valor, pero dentro de unos años, con el ferrocarril...

La conversación fluyó por el cauce de sus negocios. Pero Damián dejaba resbalar su cavilación hacia otras vías: Los aguinaldos... ¿Regresar? ¿Desaparecer hasta pasadas las fiestas? ¿Y cómo no escribe Gloria? Si se le ocurre ponerle una conferencia y no está en la oficina... Tiene que volver. Pero entonces se enfrentará con la callada exigencia de los empleados. Podía telefonar diciendo que estaría ocupado hasta tarde, y podían repartirse lo que hubiera en la caja. ¡No! Habían llegado dos giros en la mañana y sumaban seis mil cuatrocientas pesetas. Entonces tuvo una de sus celebradas y victoriosas ideas:

—Pero, te debo algo todavía, ¿no?

Su socio contestó con el tono de quien repite algo masticado muchas veces:

—Seis mil pesetas.

—Si vienes a la oficina te las doy.

Se levantó Avila, y empezó a fajarse con un amplio abrigo cruzado, y luego se dió una vuelta al cuello con su bufanda de cuadros verdes y amarillos y se amarró un cinturón. Damián iba tras él explicando:

—Así, ahora al hacer balance y entrar en el año, no me voy a quedar con colas atrasadas. No me gustan los atrasos.

A su entrada en la oficina pudieron verse encender brillos de esperanza en los empleados. Una vez los dos socios en el pequeño reducto particular, los brillos se hicieron más confiados al oír decir:

—Nazario trae la caja y el estado de cuentas.

Después, todo sucedió seguido. La entrega de las seis mil pesetas, la salida de Damián, solo, dirigiéndose a los

empleados, explicando podían repartirse lo que quedaba, en proporción a los sueldos, y recordando que el país atravesaba crisis económica. Una insinuada frase daba a entender que los socios aprietan cuando menos deben y en ocasiones estropean la voluntad. Les dió libertad para marcharse y volvió junto al curtido rostro de Avila. Este se sentía de buen humor y le hablaba de las posibilidades de cierta comarca si se convenciese a los campesinos de la utilidad de plantar girasoles. Pero Damián no le oía. Tornaba a pensar en Gloria, en el correo, en la casa vacía, en la noche que ocultaba el mundo tras los cristales en la cerrada tarde invernal.

Salieron juntos los dos socios. Avila se detuvo un momento para desear felices pascuas a la portera. Así pudo asegurarse de que en el último reparto no había llegado nada para él. Torcieron la esquina y enseguida se encontraron en la calle de Toledo. Una débil neblina quitaba perspectiva a la pendiente y amortiguaba el griterío que se iba levantando al avanzar la hora. Llamas de carburo iluminaban cajas de muñecas estupefactas y carretones de tosqueidad artesana. Según iban subiendo predominaban los tenderetes de figuras de barro, los montones de corteza de alcornoque, los ramajes de pino y cedro.

Era Avila quien hablaba. Damián, tan tradicional, tan amigo de aquel ambiente, se dejaba llevar, con el abrigo desabrochado, que la aglomeración de gente en sentido contrario hacía quedar tras él, mientras las manos colgaban desanimadas. La plaza Mayor se les ofreció como una estampa de aguafuerte, rayada por el número de voces y pregones, los tranvías tintineaban para hacer apartarse a las gentes que se cruzaban incesantes, y a cada paso se espesaban los grupos, obligándoles a un paso más lento. Avila hablaba—¿de qué hablaba?—hasta llegar a dirigirse brusco a su amigo:

—Pero ¿qué te pasa? ¿Es que no me oyes?

Reaccionó Santos con una risa cortada y una palmotada en la espalda. Agregó cualquier comentario, y no tardó

en perderse en abstracciones. Cuando salió de ellas entraban en una tabernilla. Avila, si no borracho, era amigo del coqueo ante un mostrador con todo su juego de rondas y conversación. Allí secundó sin ganas el convite de su amigo y socio, anunciando su propósito de irse pronto a casa. Su compañero trató de convencerle para que fuese a cenar con él y su familia, pero se resistió tenazmente. Unos tratantes se acercaron a saludarle y se prolongaron las invitaciones ante la indiferencia de Santos, perdida su acostumbrada verborrea. Empezaba a animarse cuando Pedro Avila miró al reloj y proclamó que buena se iba a poner su mujer si en tal día llegaba tarde. Pagó lo que debía, y aún se sucedieron otras rondas antes de que arrastrase a la calle a su amigo, sumido en nostalgias por el inoportuno recuerdo. Parecía haber cedido el tumulto en las horas de la cena. Ahora era Pedro quien apresuraba el paso, deteniéndose solo a mirar en algún puestecillo. Cruzaron la calle Mayor y enfrentaron hacia la Plaza de Santa Cruz. Allí compró unas panderetas y algunas figurillas de barro. A poco se despidieron. Santos reiteró su negativa a acompañarle y decidió cenar en algún sitio céntrico. Bajaba hacia la Puerta del Sol, cuando el descubrimiento de sus empleados le detuvo. Debían haberse entretenidos juntos, y se despedían en la esquina, como casi siempre, pero el brillo de sus rostros y las panderetas y paquetes atestiguaban que se habían preparado para su pequeña fiesta. Se ocultó entre los que pasaban y dando la vuelta buscó los callejones que boldean la plaza. No hubiera sabido explicar porque sentía vergüenza de que lo vieran. Ni podía decir por qué se sentía disminuido ante ellos. Se encontraba arrancado del medio habitual, como surgiendo de una condena sutil y lacerante. Caminaba enredado en su mezquino infortunio, y se sentía desamparado y blando. La alegría de todos aquellos que pasaban se le hacía visible a pesar de la gravedad de los semblantes acuciados por el frío y la prisa. Las copas de vino—quizá alguna más de las que él precisaba para enrojecer y manotear defendiendo sus impro-

visadas opiniones—no le habían producido animación, sino desaliento. Le iba creciendo una necesidad de compañía que superaba el vacío dejado por la mujer. Ya no era ella sino un sentimiento de solidaridad lo que iba fortaleciéndose en su interior. De instantáneo le surgió el recuerdo de Gervasio, el amigo que empezó estudios de Derecho con él y era dueño de un bar. Seguro de que si le visitaba le invitaría a cenar, con ellos. Pero ¿por qué no haber aceptado el ofrecimiento de Avila? Se respondió que con la conocida familia de su amigo se habría sentido más aislado, en medio de un bullicio en que los chicos pondrían excesivas notas discordantes. En cambio, Gervasio y su mujer, solos como eran, formarían con él el trío indispensable para una cena distraída y no ruidosa. Compraría una botella de algo, pero... ¡llevar una botella a un bar! Dulces... Bueno, no, tendrían de todo.

Pronto llegó al lugar, situado a espaldas del teatro Español. Gervasio le divisó desde el momento en que llegó a la puerta. Rubio, grueso, rebosante siempre de vitalidad, le llamó, le alargó la mano por encima de la fila que cerraba el paso al mostrador y la sacudió felicitándole y agradeciéndole la visita. Le hizo un hueco al lado de la caja y allí le fué atendiendo mientras despachaba o cortaba aperitivos. Los grupos que entraban se espaciaron, y entonces le explicó guiñándole un ojo:

—Hoy aquí, cerramos a las once y media. Gloria, me dices que esta fuera, ¿no? Ya te habrás preparado tu plan para esta noche.

Negó confundidamente. Gervasio sirvió unas cortaditas de mortadela, se echó una a la boca y le respondió mientras masticaba:

—¡No digas! ¡A mi me vas a engañar tú! Pues va a dar la media. Aquí tengo yo a mis suegros, los vecinos del segundo, y a una familia amiga nuestra. ¿Te quedas?

Se negó, aturdido por el número, como si se hallase ya entre la bullidora compañía, y se despidió, intentando sin

conseguirlo, pagar los tres vasitos que sucesivamente había ido colocando Gervasio ante él.

Pensó que no tenía ganas de cenar, que más valía acostarse pronto. Al otro día, con Gloria ya en casa, pasaría felizmente la Navidad. Al fin y al cabo la Navidad es fiesta más importante. Y si querían, podían celebrar la Nochebuena por la noche. Por retrasarse un día...

Otra vez se acercaba al centro de la población. El abrigo le estorbaba el paso. Los pies se movían despacio, y la mirada iba hacia los escaparates iluminados, y los establecimientos donde se iba advirtiendo la afluencia de un público más jaranero y ruidoso a cada paso. En uno de ellos, el aspecto del escaparatillo le hizo pensar que podía sustituir la cena por un plato de lonchas de jamón. Así lo decidió, pero, apenas había probado la primera, cuando le sacudieron violentamente por los hombros:

—¡Hombre, Damián! ¡Aquí tenemos otro para la pandilla! A ver, sirve para todos. Somos... uno, dos... cuatro, seis, siete, nueve... doce. Bueno, las chicas anís. Seis de anís y seis de coñac.

El grupo se acercó y Santos fué presentado a varios hombres y mujeres, casi todos jóvenes, y ellas con los rostros pintados con estridencia y ademanes exagerados. Era el inconfundible grupo bullanguero, capitaneado por un conocido de Damián, solterón y dueño de una gestoría al que frecuentemente tenía que acudir. Se movía con desenvoltura e invitó a todos a probar el jamón que éste tenía en el plato. No vacilaron en complacerle, y en un momento desaparecieron las lonchas. En compensación vió Santos surgir ante él una panzuda copa de coñac.

De momento, disimuló la contrariedad, sonrió y trató de no desentonar, pero la pandilla reía a la menor cosa, accionaban con la copa en la mano, salpicándose, y las chicas daban empujones a los hombres o les llamaban tontos a gritos. Una rubia se le colocó al lado y se sintió obligado a decirle algo ingenioso. Sólo se le ocurrió una tonte-



ría y tuvo conciencia de ello, pero ella rió, con los ojos brillantes, como si hubiese oído algo graciosísimo, dicho por alguien a quien la ligase una gran intimidad.

Tudela, el conocido de Damián, le sacó aparte en uno de los cambios que se hacían en las rondas sucesivas, mientras uno con acento andaluz contaba chistes que lograban palmoteo y carcajadas. Le explicó que había tenido suerte porque les sobraba una de las chicas, que podía ir con él.

—La rubia no, —le aclaró—. Le interesa a uno de estos. Pero puedes acercarte a aquella morenita, pequeña. Te hará caso en cuanto la digas algo. Damián denegó: no quería mujeres. Ya tenía la suya. Y volvió a él el recuerdo punzador de Gloria. ¿Y si hubiese llegado a casa por cualquier medio y estuviera esperándole? Le acució el deseo de regresar, y excusándose por no seguir con ellos, pidió unas copas para todos y pagó cuanto se había consumido.

Mas no le dejaron irse. Planeaban salir de allí y se dividían las opiniones, mientras la astuta intervención del tabernero alineaba otra ronda por su propia cuenta. Entonces advirtió la presencia de un nuevo personaje, moreno, menudo, vestido de negro, que se inclinaba hacia adelante recitando:

Es de Córdoba la llana
y no voy a exagerar
si digo que Manolete
es un torero sin par.

Dos chicas lanzaron un «ole». Les siguió la gracia otro de los acompañantes. El recitador les lanzó una mirada, muy seria, y continuó:

La mezquita y el río

los olivares,
la sierra, las ermitas,
y los cantares.
Filosofía de Séneca.
Pintura de Torres...

Le convidaron a un chato, y le pidieron que recitase otras. Comenzó:—«Diez años yo contaba...»—Pero no estaba para prestar mucha atención. El grupo iba haciéndose menor y se iban separando, para formar más allá, junto al mostrador. Cuando solo quedaban dos o tres, se dirigió a una chica:

Tu romanticismo es cosa
que mantiene la ilusión,
nacida de un corazón
que tiene color de rosa.

A la joven le pareció mejor dar media vuelta y sumarse al animado grupo. El recitador calló, y con la mirada perdida, como profetizando, concluyó:

Y cuando la quiere desgranar
y lo encuentra todo vano
todo son vueltas y vueltas,
y no ve nada más
que astronómicos gusanos.

Damián se encontró con que se habían quedado los

dos separados de los demás y el recitador le hablaba, después de encogerse de hombros:

—Es el asunto de la vida, señor. No entienden de ná. La gente cree que uno... Porque le ven así, se creen que aquí no hay ná. Y se equivocan. Honrao como el primero. En la guerra llevaba yo camiones grandes: botes de leche, motores, unos motorcitos pequeños... Y ná conta. Y ni cinco he tocao. Bueno, lo que tomaba por el camino, sí. Llegaba a un bar, pedía un café, abría un bote de leche, le echaba un chorro y les dejaba el bote. Pero sabían que podían tener confianza.

Su interlocutor asentía y le daba motivo para continuar:

—Yo no pido ná. Me gano la vida y como necesito poco, tengo bastante. Yo no voy a ningún lao, ni quiero saber nada de nadie. Ando solo, y cuando me canso me voy a casa y me estoy con mi mujer.

El tipo se le iba ofreciendo a Damián transido de calor humano. Teniendo a su mujer no necesitaba de más. Como él y Gloria, aunque en otra escala. Aprovechando la distracción de los demás le dió su propia copa de coñac. Le había desaparecido toda gana de comer a causa del estómago, lleno de líquido, que se dejaba notar pesado y blanduzco. El ambiente se le enturbiaba y las luces parecían restringir su círculo de alcance sin disminuir la potencia. El grupo le era tan normalmente visible como sí mismo, pero la perceptibilidad de lo que había tras ellos se perdía en un difuminado de sombras y rumores.

Le iba haciendo una calurosa cordialidad hacia su reciente amigo. Era muy de agradecer el favor de beberse su copa. Lo malo es que ya había aparecido otra ante él. La miraba angustiado. Pero con gesto entre pícaro y protector, se la quitó de entre los dedos el recitador apenas cogerla, y la vació de un sorbo, dejándosela otra vez en la mano.

—No se preocupe. Cuando el cuerpo no quiere más no hay que darle. Yo aguanto todo lo que me echen. Manuel

Rey, para servirle—una pausa después del trago—. Y si no, igual estoy sin probarlo. Una vez en la guerra...

Tudela cortó la anécdota. Se iban. Ya estaba al caer la bola de Gobernación, motivo de juerga, aunque no fuese aquella la ritual noche de fin de año.

Salió con ellos, pero se despidió a la puerta. Aún le insistió Tudela sobre la morenita, pero solo de oírlo se le removió por completo el estómago con una sensación de náusea. Les dijo adiós con la mano, y se volvió en sentido contrario, sin dirección definida. Se creía solo, cuando vio a su lado, la enteca figura del recitador.

—Voy hacia casa. Por allá ¿y usted?

—No tengo ná que hacer. Le acompañaré un poco,

Entonces se le despertó su pomposa y habitual verbosidad de chalán, con el sentido de superioridad que le dominaba en tales ocasiones.

—Y mañana, ¿qué, igual que hoy?

—¡A ver! Qué va uno a hacer. Escuche:

Confórmate con tu suerte;
gánate el pan de cada día
con el sudor de tu frente.
Así harás honor al pie de la letra
a lo que dijo el gran profeta.

—Exacto. Así pienso yo. Pero parece mentira, usted que es hombre-listo, que ande así. Si no hay más que moverse un poco para ganar dinero a espuestas. Usted sabe hacer versos—para la apreciación de Damián poca diferencia había entre los que había oído y los que pudiera haber escrito el mejor poeta—. Yo no soy capaz ni de una aleluya. Gloria, mi mujer, es otra cosa. Si usted viese unos que hizo a la Virgen de las Angustias... Pero no tiene el talento que yo.

Triunfo en lo que quiero. Los abonos: tres partes de esto y dos de lo otro. Se busca lo que no se distinga de lo uno o lo otro. Y se puede mezclar. Se multiplica. Ja. Ja!

—Reía con una risa que sería difícil saber si era imbécil o llevaba en su espontaneidad una falsedad de sentimientos.— Los químicos, ¿para qué? Se va uno al café. Pregunta a un amigo. Media pregunta a otro. Lo que falta, al químico, con otras que no tengan nada que ver con el asunto para que no se oriente, y ya está.

—A mi no me interesan químicas ni químicos. Yo vivo modestamente, tengo mis gustos...

—¡Desgraciado!—una expresión conmisericordiosa que se trocó otra vez en protectora. Tú tienes capacidad para hablar, para convencer. Con dos chistes y tres versos de esos te ganas la clientela de una taberna de pueblo o un casino. Luego déjales hablar. Siempre vuelven a los mismos temas: las tierras, la cosecha—el licor parecía traerle la lucidez de sus mejores momentos.—Entonces tú: los abonos, la maquinaria, lo que lles.

—Sí, eso parece fácil, pero luego...

Damián se crecía en su afán protector.

—Tu serías un buen agente. Yo haría de tí un vendedor de primera. Te doy el doce por ciento, y puedes empezar mañana mismo.

Protestaba su acompañante.

—Pero señor, andar por ahí, por los pueblos, pasar calamidades...

Se indignaba Damián:

—Llega os quejáis. Se os da todo hecho, y no sois capaces. Te voy a hacer socio mío. Te pongo en una cuenta, dos mil duros, que ya me pagarás de tus comisiones. Te visites, respíras y ¡hála, a volar! Para que veas si confío en tí y en lo que puedes ganar.—Se detuvo, el estómago parecía amenazar con convertirse en una masa sólida. Le vino un sabor agrio a la boca, y continuó—: Sois pobres y no quereis salir de pobres.

FOTOGRAFIA
LOPEZ

Pepita
Maquillaje
Permanentes

ESTANCO
DE
SEÑORAS



—Si yò no le pido nada, señor. Yo tengo gusto de dedicarle a usted una de mis poesías:

La esencia de la vida
pasa por dos conductores
como la electricidad...

Damián no quería más versos. Se reía:

—El perfume de la vida, que tú dices, sólo lo huelen los listos, los tontos no tienen que hacer más que dar a ganar a los demás, tú vales.

Le pasó una mano por el hombro. La actitud le dió una mayor seguridad, y entonces advirtió que antes de hacerlo, su paso se había ido haciendo blando e inseguro, y aumentó su hermandad con aquel individuo.

—Nada, mañana mismo te espero en casa.

Extrajo del bolsillo una tarjeta que el otro se echó a uno de sus colgantes bolsillos.

—Vas a verme y hablamos.

Se cogieron del brazo. Los pasos que habían dado desde la taberna les habían llevado a lo alto de Carretas. La inclinada calle estaba llena hasta la mitad de gentes que vociferaban y metían ruido. Un rumor general uniformaba los estruendos, de los que salía el ronco bramar de alguna descomunal zambomba.

Navidad. Alegría. Bullicio. Despreocupación. Conceptos que iban sustituyendo a los de inquietud, melancolía, tristeza, hogar, Gloria y carta, que le dominaron las horas anteriores. Le renacía un afán por celebrar la fiesta hogareña y universal.

—Tu y yo tenemos que ser muy amigos. Te voy a hacer ganar mucho dinero. Vamos hasta la Puerta del Sol. ¿No es hermoso esto de ver toda la gente junta como si se conociesen?

Se detuvo para comprar dos zambombas y dió una a

su compañero. Al principio no lograba arrancar a la caña más que una estridente vibración, a la que siguió una serie de repetidos aullidos, poco a poco transformables en un continuado zumbár. Su reciente amigo cantaba y se reía, haciéndole gracia la situación, o simplemente gozando, mezclado a la alegría general en un logro de lo que Damián pretendía sin conseguirlo.

El estruendo crecía, y no era fácil hacerse oír. Damián sonreía con ese gesto de labio afuera que quería ser cordial en sus momentos de concluir un trato. Miró a su compañero y le vió algo distanciado, entre cuatro individuos que saltaban envueltos en sábanas. Fué a acercarse, pero una fila que corría, agarrados de las manos y serpeando entre el tumulto, le echó a un lado. Después tuvo que empinarse sobre los pies para divisarle. En aquel momento, el otro también le vió y le hizo una señal alzando la zambomba. Pero le fué imposible acercarse. Un pandero inmenso le tapó la visión, y su retumbar le hundía en un oscuro vértigo. Continuó apartando gentes, aunque ya no trataba de reunirse con nadie, y fué a salir al lado opuesto de Alcalá entre Carmen y Montera. Por allí siguió, acera adelante, hasta su casa, manteniendo en la mano la zambomba, que colgaba, mustia, con la caña semiarrancada del parche. Se dió cuenta de pronto y la tomó para mirarla. El florón de papel estaba arrugado y medio despegado, la caña se desprendió totalmente al darle la vuelta. Entonces se le ofreció a la vista el herrumbroso bote de conservas que el papel coloreado encubría. Lo tiró al suelo y rodó lateralmente hasta brincar a los adoquines y detenerse en la boca de una alcantarilla.

Damián se había insensibilizado. El alcohol le pesaba y le impedía darse cuenta del camino que recorría. Con pasos torpemente seguros caminaba sin que interviniese su voluntad. Estaba en la Red de San Luis y torció maquinalmente a la izquierda. Recobró conciencia de sí al abrir la puerta de la calle. Luego, en vez de subir a la pensión, lo hizo a su propia casa. Aún buscó, casi sin proponérselo, una carta

bajo la puerta. Después llegó al dormitorio, desenrolló el recogido colchón y, a medio desnudar, con los calcetines y el chaleco puestos, se cubrió con una manta. Apagó la luz y segundos después le dominaba un sueño denso y plumizo.

Cuando salió de él, una línea de luz, filtrada por la persiana, le cruzaba el rostro. Abrió los ojos, repentina y totalmente despierto. Un acorchamiento de boca y tirantez de piel en la cara era lo único que le trajo al recuerdo la borrasca de la noche anterior. Se levantó y fué al cuarto de baño donde se lavó y afeitó. Estando en éstas oyó ruido en la puerta. Corrió hacia ella y halló, ya en el descansillo, a Gloria dando órdenes al portero y un taxista, que disponían en el suelo a su lado, maletas, paquetes, y una cesta que dejaba caer briznas de paja.

Mientras la veía distribuir las propinas, se acercó. Al tiempo de cerrar la puerta le dió un beso. Iba a repetirlo, pero Gloria le apartó:

—Venga, tonto. Para eso estamos ahora. Lleva estas cestas a la cocina.

Obedeció. Mientras, ella deshacía las maletas y le explicaba:

—Iba a salir ayer mañana, pero no pudieron llevarme hasta la noche a la estación. Figúrate qué viaje, toda la noche en el Correo.

Damián la contemplaba yendo de un lado para otro.

—Pero no estés ahí quieto. Haz algo. ¿Dónde has cenado anoche?

El dió una versión matrimonial de lo sucedido. De la oficina había ido derecho a casa, en el camino tomó un bocadillo de jamón en un bar, y ni siquiera quiso subir a la pensión. Tenía la esperanza de encontrarla o de que llegase

en la noche. Y tras ello se enredó en una de sus sempiternas declaraciones de amor. Gloria se apartaba su empalago y le explicaba:

—La tía ha quedado bastante bien. Tiene un remiendo para algún tiempo. Pero qué desorden; allí haría falta yo una temporada.

Damián se acercaba a dar un testimonio pleno de su asentimiento cuando un largo timbrazo en la puerta le llevó hasta ella.

Al abrir, con la estampa que se le ofrecía en el descansillo de la escalera, le volvieron recuerdos que no se le habían presentado desde que cayó rendido en el lecho. Ante él, muy peinado y con la corbata mejor hecha, estaba Manuel Rey, el recitador y poeta. Damián hubiera dado algo por haber podido espantarlo como a un animal, y le pasó por la mente el dar un portazo y ocultarse. Pero no era posible. El hombre le saludaba, y sonreía quitándose una visera negra:

—Usted disimule si vengo en mal hora. No he querido que usted pensara que no iba a hacer caso de su proposición. Porque trabajador uno sí que es, aunque digan...

Se oyó la voz de Gloria, preguntando inquisitiva:

—¿Quién es?

Contestó, embarazado, no sabiendo como zafarse del compromiso:

—Una visita mía.

—Pero no la tengas ahí. Pásale al despacho. ¡Ay que hombre!

Sin decir nada se dirigió a la habitación gravemente decorada con muebles tallados en un convencional estilo renacimiento, seguido por su amigo de la víspera. Allí continuaba éste sus explicaciones:

—He querido venir hoy mismo, aunque sea fiesta, para que vea usted que no soy mal trabajador, pero si he venido en mal hora vuelvo luego. U otro día. No he podido dormir pensando en ese asunto. Porque también está uno cansado



de andar siempre en la calle.

Damián recobró el aplomo externo de los grandes momentos.

—¡Si es lo mejor, hombre! Envidia te tengo. Yo cambiaba hoy mis negocios por un poco de tranquilidad. ¿Tu sabes lo que es no tener un rato libre? El tener una expansión como anoche, es para mí un extraordinario. Nada, hombre, si eres el más feliz del mundo.

Su visitante se encogía, y la gorra pasaba de una mano a otra.

—Yo venía... como usted dijo...

—Si hombre, sí. Te dí la tarjeta equivocada. Mira ésta es la de mi oficina: Avila y Santos. Pásate por allí y ya encontraremos algo.

La voz de Gloria le llamó más imperiosa, desde lo profundo de la casa. Dejó un momento solo al visitante con temor no fuera a desaparecer en su bolsillo alguno de los artísticos objetos que había sobre la mesa. El diálogo fue breve y rápido.

—¿Quién es?

—Un asunto de la oficina.

—Pues que vaya a la oficina. Jesús, hijo, no te dejan un momento. Que se largue.

—Ya lo estaba haciendo.

De regreso al despacho, la delgada figurilla no se había movido. Damián hizo uso de la tajante capacidad que tenía para zanjar situaciones turbias. Echó mano al bolsillo, abrió la cartera, y sacó un billete de cincuenta pesetas.

—Toma, para que pases estos días. Y allá para marzo, que es cuando hay trabajo, te pasas por la oficina.

Con la mano en el hombro le llevó hasta la puerta. Cerró y volvió a quedar sentado de lado en uno de los sillones. El recibidor, a media luz, le favorecía los recuerdos de la noche anterior. Se veía del brazo de aquel individuo, prometiéndole quien sabe cuantas cosas, y hablándole de hermandad. Despedirle de aquella manera—porque aquello era

despedirle de mala forma, y ya se sabía que no lograría encontrarle en la oficina—no había constituido precisamente una bella acción. Pero ¿por qué le había prometido todo aquello la noche anterior? Claro que ¿por qué había estado tocando una zambomba? El y el otro, magnífica pareja habrían hecho los dos con sus zambombas. ¡Si Gloria les hubiese visto...!—Se estremeció. Pero él era quien había comprado las zambombas, él era quien habló e hizo promesas, él quien se mostró pródigo y generoso. De nuevo le turbaba el encuentro de sus sentimientos.

Una voz le volvió al presente. Gloria estaba en la habitación, abría los balcones, quitaba fundas de los muebles, le sacudía.

—¡Quita de ahí! ¿Pero qué te pasa? ¿Quién era?

Entonces explicó:

—Un pobre hombre que me buscaba. Nada. Un sablazo. Le he dado... cinco duros.

Medio le riñó su mujer.

—Ya me figuraba yo algo. Si eres tonto, todos se aprovechan de ti. Siempre te lo estoy diciendo. Nunca aprendes: Te pasas de bueno.

Y Damián Santos, entre afligido y satisfecho, soportaba la regañina, con una sonrisa culpable en que entraba el convencimiento de su bondad.

PLANAS DE POESIA

VIII

Tirada de 200 ejemplares, numerados

SE TITULAN LOS DIBUJOS:

1. (Portada) 3, 4 y 5-Dibujos,
por Eduardo Vicente.
2. Retrato de Jorge Campos,
por Manuel Millares Sall.

SE IMPRIMIO EL 24 JULIO DE 1950
EN LA IMPRENTA ORTEGA,
EN LAS PALMAS, AL CUIDADO
DE LOS
HERMANOS MILLARES SALL
Y
RAFAEL ROCA

NOV 11 1951

11-11-51

MEMORANDUM FOR THE DIRECTOR

FROM: SAC, NEW YORK

SUBJECT: [Illegible]

Reference is made to [Illegible]

DATE: 11-11-51

[Handwritten signature]

[Handwritten notes]

BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



423189

BIG 860-3 CAM pas

Planas publicadas:
I
Liverpool
II
De la Ventana a la Ca
III
Federico Chopin
IV
Smoking Room
V
Ronda de Luces
VI
Ofensiva de Primavera
VII
Elegía en Bloque
VIII
Pasarse de Bueno